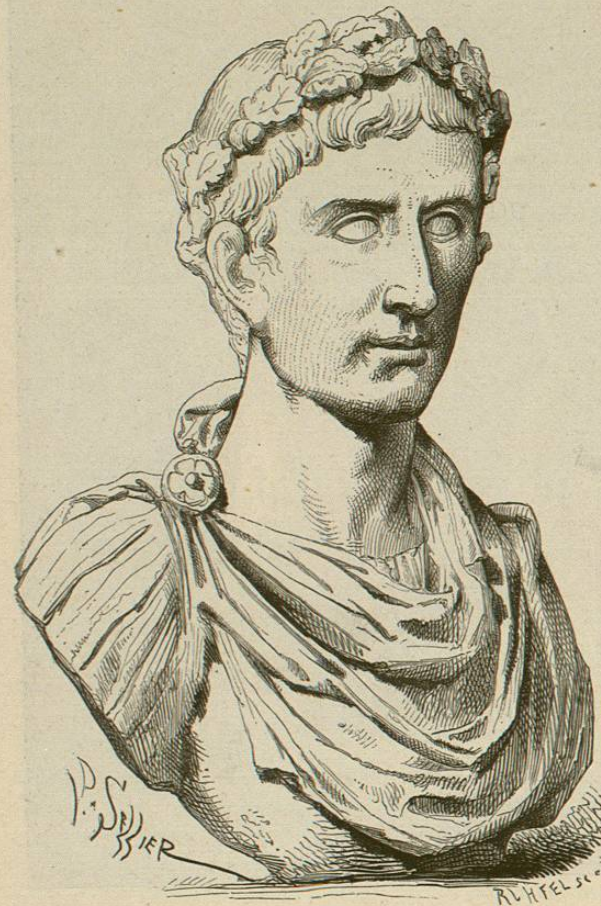


cuenta exacta de uno de los más grandes acontecimientos de la historia, de la fundación del imperio.

Los escritores, como los pueblos, se inclinan naturalmente á dar grandes proporciones á la parte de los personajes históricos. Un sabio puede cambiar la faz de una ciencia; un general la de una guerra; un hombre de Estado no cambiará nunca la faz de una sociedad, porque la política es una resultante, y la ley constitucional, expresión de una relación entre las ideas, las costumbres y las instituciones, no tiene más que un valor relativo, á diferencia de la ley moral que tiene un valor absoluto. Los más grandes en política son los que mejor responden al pensamiento inconsciente ó reflexivo de sus conciudadanos. Reciben más que dan y su fuerza está menos en su genio que en el encadenamiento lógico de las ideas y de los hechos de que saben



Octavio (1)

hacerse necesarios servidores; de donde resulta que la usurpación ó la salvación, la gloria ó la mengua les viene, tanto de la multitud que los sostiene, como de la ambición que los impulsa.

Cuando los pueblos se penetren de esta verdad viril, cuando sepan que ellos, sobre todo, ellos son los que hacen en política los héroes ó los culpables, darán menos á la adulación ó al odio y más á la previsión ó á la prudencia. Se ha sentado un axioma duro, pero exacto: las naciones tienen los gobiernos que merecen, como el hombre la condición que él mismo se crea.

Esta doctrina no destruye la responsabilidad de nadie, pero la extiende á los que encuentran cómodo salvarla, y si tiene palabras duras para el usurpador que conculca las antiguas leyes, las tiene también para el pueblo que aplau-

(1) Octavio coronado de encina. (Busto del museo del Louvre; número 278 del catálogo Clarac.)

de al usurpador; sino que juzgando á unos y á otros, tiene en cuenta los acontecimientos que han hecho necesarias ó inútiles, duraderas ó transitorias las transformaciones. Absuelve á los que han marchado en la dirección de la gran corriente de la vida nacional y condena á los fautores de revoluciones por arriba ó por abajo, que han querido remontar la corriente ó variar violentamente su dirección.

Apliquemos pues ahora estos principios á los romanos. Lo habían sometido todo, del Eufrates á la Mancha, de los Alpes al Atlas; pero ellos mismos que mandaban en todos se habían sometido: primero al senado, luego á un partido, después á un hombre.

¿Hemos de hablar, después de Accio, de la democracia triunfante? Antonio y Octavio no eran jefes de partido: habían combatido, saqueado, degollado, no por los grandes ni por el pueblo, sino por ellos mismos. Vencidos los tiranidas, el primero hizo del poder una orgía, mientras el segundo confundió su propia ambición satisfecha con el interés público.

Bien se ve la oligarquía que se va; no se ve la democracia que llega. Augusto pasará su reinado introduciendo distinciones en la sociedad romana, encerrando á cada uno en su clase, imponiendo á cada clase su traje. El derecho romano, en tiempo del imperio, se irá acercando cada día más á la ley natural; pero conservará penalidad diferente para los grandes y los pequeños, para los ricos y los pobres. Los emperadores llamarán á los tribunos del pueblo é impulsarán á los municipios á una organización aristocrática; de manera que aquel imperio que parecía traer la misión de establecer la igualdad, prepara la injusta desigualdad social de la Edad media.

Entre tanto funcionan aún los comicios: los triunviros hicieron que éstos confirmaran su poder; pero esta intervención de la asamblea popular no era más que una formalidad. El pueblo parecía dar á las resoluciones de los poderosos el carácter de legalidad necesario, como ciertas máquinas imponen el sello á las monedas, sin hacer el metal de que éstas se forman.

Sabemos lo que vinieron á ser las antiguas legiones republicanas. Los soldados, reclutados al azar, pertenecían á quien mejor los pagaba: Sila que les había entregado el Asia, y César que había ganado con ellos tantas y tan lucrativas victorias, podían contar con su devoción. Lúculo mantiene severa disciplina y lo abandonan; Antonio les niega los legados de César y lo abandonan también, y Octavio pone en venta sus bienes para cumplir las promesas de su padre, y acuden á él.

«No combaten, dice de ellos Montesquieu, no combaten por cierta cosa, sino por cierta persona.»

La posteridad, que rara vez se engaña, ha impreso á aquella revolución su carácter verdadero, dando á los Césares sólo su título militar, *imperator*.

En cuanto á los provinciales, seguían el curso de los acontecimientos sin procurar cambiarlo. Cuando los ejércitos romanos dividieron su obediencia entre César y Pompeyo, entre Octavio y Antonio, ni un grito de independencia salió del seno de las naciones vencidas; mezcláronse en la lucha sólo por coacción, y como los soldados, se decidieron, no por una causa, sino por un hombre, por el que estaba presente con grandes fuerzas, por aquel cuyo patronato útil había ligado los intereses de la provincia con los de su casa.

En tiempo de Tácito, la revolución que condujo la república al imperio aparecía de una manera muy sencilla: «La pasión del poder, dice, crece con nuestro imperio, y como nuestras armas, lo derribó todo. Cuando hubimos

conquistado el mundo, todos se disputaron el poder y las riquezas que daba: al principio el pueblo y el senado, los tribunos y los cónsules; después Mario y Sila, que destruyeron la libertad, y sobre sus ruinas, fundaron su dominación. Pompeyo marchó luego por vías más torcidas, no mejores; después no se combatió ya sino por el imperio.»

¿Explican bien toda la revolución estas palabras de Tácito? El grande historiador, ó más bien, el grande artista cuya alma trágica está bien hallada en medio de las más sombrías narraciones, es dado, como la multitud, á encariñarse más de los hombres que de las cosas, porque éstas quieren ser analizadas friamente, mientras aquéllos, componiendo la parte viva y apasionada del drama de la historia, hieren con mayor intensidad los ojos del poeta y de las muchedumbres. Sin embargo, el hombre, en tanto que individuo, sólo ejerce acción en un brevísimo espacio de la duración; y ese conjunto de voluntades, de intereses y pasiones que forma la sociedad ejerce una influencia muy más fuerte y persistente. ¿Qué son todos los ambiciosos que se suceden en Roma, al lado de Roma misma transformada incesantemente ahora por sus vicios, ahora por sus virtudes?

Habiendo venido á ser un mundo, en vez de una ciudad, no podía Roma conservar instituciones establecidas para una sola ciudad y para un pequeño territorio. Con los derechos soberanos personalmente ejercidos por cada ciudadano en el Foro ó en la Curia, con las elecciones anuales hechas en el Campo de Marte, con las leyes discutidas en el comicio, la justicia administrada en el pretorio, los augurios tomados en el Capitolio, se podía regir muy bien la ciudad; pero ¿cómo hacer entrar sesenta millones de hombres en el círculo estrecho y rígido de estas instituciones municipales?

Y en la misma Italia ¿podían, por ventura, los ciudadanos de las colonias y de los municipios estar deseosos de asistir á estos comicios que no tenían interés sino para los habitantes de Roma?

Era pues inevitable una revolución; pero no habiendo cambiado á tiempo su constitución de ciudad por una constitución de imperio, perdieron los romanos la una antes de haberse dado la otra, y sin leyes, sin costumbres, se encontraron abandonados á todas las aventuras, como un barco que no tiene ya áncoras, ni brújula, ni gobernalle.

Dos cosas, por consiguiente, los impelían fatalmente á correr amenazadoras aventuras. Como habían destruido todos los ejércitos de los pueblos establecidos á orillas del Mediterráneo, se habían impuesto la obligación de mantener una poderosa organización militar, que debía traer necesariamente la unidad y permanencia del mando. Y puesto que al pueblo enérgico de los antiguos tiempos había sustituido un senado de advenedizos sin honor y el inmenso proletariado de los libertos, este jefe inevitable de las legiones podía encontrar fácilmente en Roma misma la sombra de legalidad que necesitaba para consagrar su usurpación.

Suprimid la historia romana, Sila y Pompeyo y aun César y Augusto, y la república no sería por eso menos precipitada. El cesarismo nació porque la libertad no podía ya vivir; y la libertad moría porque el mundo necesitaba ya otra cosa.

Jamás quieren resuelta y firmemente los pueblos dos cosas á la vez. En el momento que historiamos, si se exceptúan algunos hombres, más grandes por el corazón que por la inteligencia, el mundo no pedía la libertad; aspiraba sólo á la paz, al orden, á la seguridad, como tres siglos más tarde correrá, aunque fuera entre suplicios, hacia aquel

porvenir desconocido, que la grande é inspirada alma de Virgilio había entrevisto, cuando anunciaba un renacimiento del mundo.

Dice muy bien Tácito esta vez al dar comienzo á sus *Anales*:

«Fatigada la tierra de discordias civiles, aceptó á Augusto por dueño de sus destinos, y las provincias vieron con júbilo y celebran con aplausos la caída de un gobierno inepto y flaco que no sabía ni podía reprimir las prevaricaciones de los codiciosos y venales magistrados ni las demasías de los insolentes nobles.»

Los juriconsultos hablan en idéntico sentido, y aunque más friamente, con su ordinaria severidad:

«Como las circunstancias, *ipsis rebus dictantibus*, habían



Mecenas (1)

dado el poder á un pequeño número, sucedió, á causa de las facciones, que vino á ser necesario confiar á uno solo el gobierno de la república, porque el senado no era ya capaz de administrar probamente tantas provincias (2).»

## III. — OCTAVIO.

Augusto iba á cortar estos desórdenes, á cumplir los votos de las provincias, á dar á todos la deseada paz; y ha sido grande en la memoria de los hombres, á pesar de su mediano genio, sólo por haber respondido á la expectación universal. Llevado por la ola, ha subido la corriente, pero dirigiendo con destreza, en medio de los escollos, aquella nave tan batida por las tempestades, con los costados entreabiertos y las velas desgarradas, que antes de Accio veía Horacio con espanto volver corriendo la tormenta. Piloto prudente y tímido, no se duerme en alta mar ni en costas desconocidas: *fortiter occupa portum*. Deténesse en el puerto, donde las olas mecen dulcemente y adormecen á los

(1) Visconti, *Iconogr. rom.* I, p. 178. De una cornalina de la colección Farnesina. Una preciosa amatista del gabinete de Francia, firmada por Dioscórides, representa al mismo personaje, en que se había creído ver al principio al legislador del Atica, á causa del nombre  $\text{COAQNOC}$ , grabado en nuestra cornalina y que no es más que el nombre del grabador Solón. Visconti atribuye las dos piedras á Mecenas, de quien Dioscórides era contemporáneo; opinión fundada en conjeturas y no en monumentos.

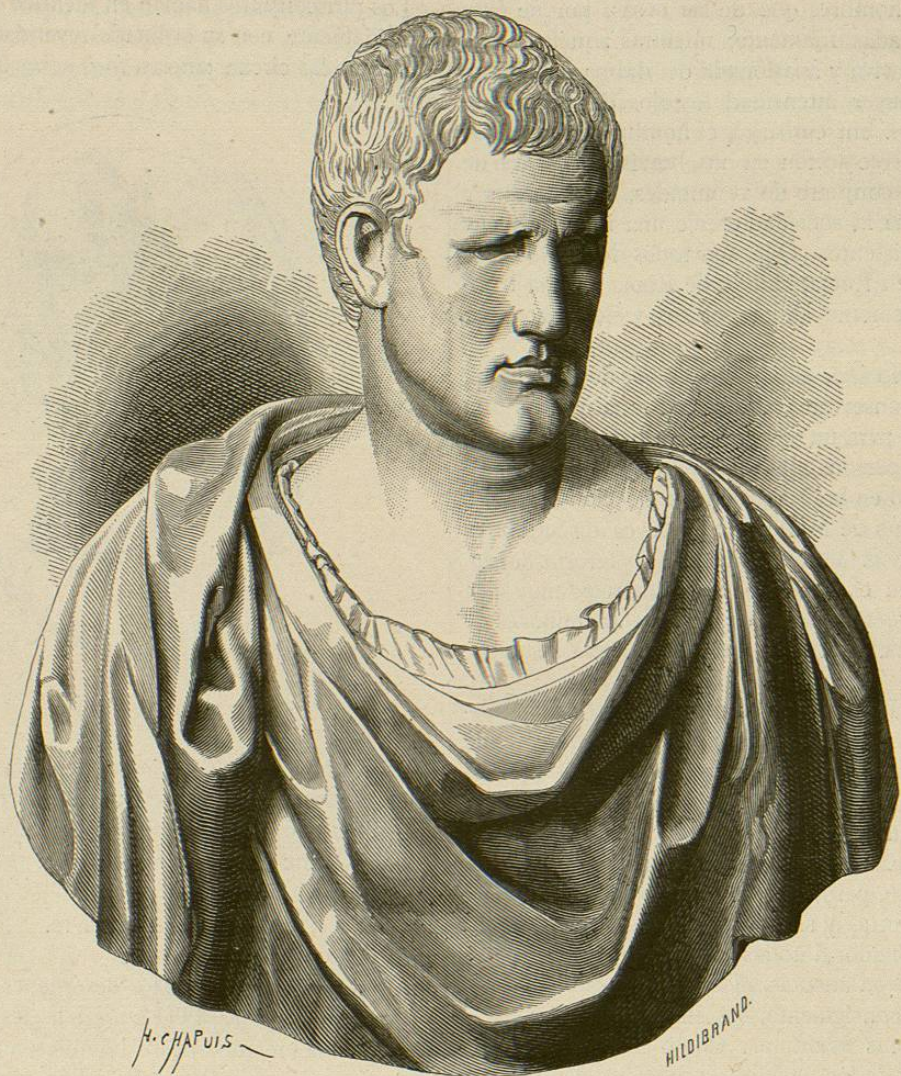
(2) Pomponio (*Dig.* I, 2, 2, § 11)... *nam senatus non omnes provincias probe gerere poterat*. Véase en Filón (*de Legat. ad Caium*, f. 1013) el entusiasmo del autor por los beneficios del nuevo gobierno,

marineros con los melodiosos cantos de sus poetas. Él, sin embargo, vigila y sólo él no conocerá el reposo que el mundo ha de deberle. España, Galia, Asia, todas las provincias lo verán alternativamente trazar nuevas divisiones, abrir grandes vías, fundar ciudades, organizar el ejército, las rentas, la administración, atacar, en fin, y combatir; mas para defenderse, ó negociar más bien, temiendo que se despierten los ánimos al ruido de las armas.

No era necesaria, sin embargo, tanta prudencia, porque en aquella ruina del gobierno republicano, no había queda-

do en pie del viejo edificio nada bastante grande y fuerte, que pudiera ser en el nuevo camino un embarazo considerable. Los que se llamaban republicanos habían caído en los campos de batalla de Farsalia, de Tapso, de Munda, de Filipos, ó habían perecido con Sexto. Los pocos que habían sobrevivido se habían unido á Antonio en su desesperación, y éstos habían compartido su suerte, ó renunciando á esperanzas cuatro veces desvanecidas en veinte años, humillado su orgullo ante la clemencia del vencedor.

Pero las revoluciones provocan casi siempre conjuras. La



M. Vipsanio Agrippa (1)

espada que se rompe viene á ser fácilmente un puñal, y algunos de los que la victoria arroja á los pies del amo, no quedan allí sino para calcular mejor el punto en que han de herir. No bien se había terminado la expedición de Egipto, cuando Marco Lépidio hijo del triunviro y sobrino de Bruto por Junia su madre, formó una conjuración para asesinar á Octavio á su vuelta y restablecer la república. Mecenas que mandaba los guardias de la ciudad, descubrió fácilmente los proyectos del imprudente joven: espío sus manejos con el mayor disimulo; lo envolvió en lazos invisibles, y luego, de repente, sin ruido ni voces se apoderó de él ahogando este germen de nuevas perturbaciones (2).

Servilia, esposa del culpable, se dió muerte tragando car-

(1) Busto de la galería de los Oficios en Florencia.

(2) El joven Lépidio fué enviado á Octavio al Asia y condenado allí á muerte (Tito Livio, *Epit.* CXXXIII).

(3) Es aquel Murena, cuñado de Mecenas, á quien Horacio procuró traer á buen camino con su bella oda (II, x) en que canta la felicidad de la medianía (*auræ mediocritas*). Murena y sus cómplices condenados en rebeldía á destierro, fueron ejecutados algún tiempo después (Dion, LIV, 3). El mismo autor habla de otra conspiración formada el

y L. Paulo, algo más tarde; finalmente, el año 4 de nuestra era el célebre Cornelio Cinna, y en varias épocas oscuras tentativas de asesinato; pero es difícil decir lo que había en el alma de aquellos hombres, si ambición engañada ó noble y fiera inspiración. A juzgar por las antiguas narraciones, no era la más fuerte la parte de los generosos instintos.

Diezmado por veinte años de guerras y decepciones el partido republicano no existía ya, por el momento, y del patriciado romano no quedaban más que los que pensaban como Asinio Polión, el cual decía á Octavio antes de Accio: «Yo seré botín del vencedor.»

«¡La república! exclama por otra parte Tácito. Pero ¿quién la ha visto?» En efecto, para encontrar su débil imagen, era preciso retroceder, por en medio de los dos triunviratos y los furores de Clodio, á los primeros días de Cicerón, es decir más de una generación. La generación actual, nacida en la guerra civil y las turbaciones, prefería un presente tranquilo á aquel pasado cuyos dolores solamente conocía.

Quando una sociedad se trasforma, los partidos extremos son, en efecto, los que ocupan la escena; los moderados se alejan y callan. Pero los primeros se gastan en la lucha, en razón de su energía y en provecho de los segundos, los cuales, acabada la obra de la fuerza, recobran naturalmente su influencia.

Estos moderados llenaban ahora el senado y ejercían los altos cargos. Tenían las riquezas y no pedían el poder, contentos con que otro aceptara sus enojos y peligros. Hombres nuevos, hechuras de todos los regímenes, lanzados al senado por todos los ambiciosos que habían tenido en sus manos la autoridad pública, carecían de crédito y respetabilidad entre el pueblo, que no los conocía. Antiguos padres conscriptos, de ellos tenían el traje, pero no la grande existencia, pero no el gran prestigio (1). En algunos de ellos ocultaba mal la laticlavia, las bragas gálicas ó el sayo ibérico. Y otros no eran más que bravos soldados. Pero ¿quién no se sentaba ya en aquellas sillas en que Cineas creía haber visto reyes? En otro tiempo, á fin de salvar la dignidad del cuerpo, muy á menudo comprometida, había sido menester prohibir que se citara á los senadores en justicia por causa de robo ó bandolerismo, y se suspendieron los procedimientos contra los que á la sazón se hallaban acusados. En cuanto á verlos rivalizar con los gladiadores, no era ninguna novedad: uno de ellos combatirá muy pronto en la arena para la dedicación de la curia Julia.

Los caballeros ocupados en la banca, en el comercio, en los impuestos, arruinados por la guerra, enriquecidos por la paz y antiguos aliados de César, eran los valedores naturales del nuevo orden. Por debajo de ellos tres pueblos romanos: uno que buscaba fortuna en la mar y en las regiones remotas, otro que mendigaba en Roma, otro que se levantaba lentamente en las provincias, pero que no figuraba aún. El primero sólo pedía paz y seguridad, el segundo juegos y congiarios. Aquéllos, envejecidos en las factorías ó en los barcos mercantes, ocupados sólo en números, géneros y mañas para engañar compradores y aduanas, obligados á ser humildes y serviles por el comercio, muy poco favorecido y menos honrado por las antiguas leyes, vivían lejos de Roma y se acomodaban á todo lo que se dejaba á su tráfico y á sus lucros. Los otros formaban una masa numerosa, que habría sido de temer, si no se hubiera sabido de antemano que toda su política se limitaba á comer y divertirse. Durante las guerras civiles se les había olvidado por los soldados, á quienes

año 4 de nuestra era por un nieto de Pompeyo á quien hizo famoso Cornelle (Id. LV, 22).

(1) Suetonio los llama: *deformis et incondita turba* (Octav. 35).

odiaban ó no querían muy bien; por eso bendecían la vuelta de la paz que haciendo inútiles las legiones, los libra de rivales tan hábiles como ellos mismos en lo de explotar el favor del príncipe.

Como se dice que nuestros padres, después de la Liga, estaban ansiosos de ver un rey, los romanos llamaban un amo, porque de larga fecha, uno de los principios que hacen vivir las sociedades humanas, la seguridad, había desaparecido. En Roma misma se robaba, se asesinaba á la luz del día (2), y todos los caminos estaban como en los más tristes días de los bandidos italianos, infestados de malhechores. Los *bravi* modernos no les quitan á los pasajeros más que el dinero, cuando éstos lo entregan sin resistencia; sus predecesores se llevaban al mismo viajero, cuando era joven y robusto, para venderlo por esclavo; y como entonces no se



Virgilio (3)

conocía esa aristocracia de la piel, que protegió á los blancos en el nuevo mundo, todos estaban expuestos á terribles vicisitudes.

Uno de los primeros cuidados de Octavio será hacer una guerra sin tregua á estos bandidos y minuciosas visitas á los talleres de esclavos para dar suelta á los hombres libres que estaban allí detenidos.

Se quería un amo que diera orden y sobre todo que dispensara á todos la hacienda pública. De cincuenta años atrás la propiedad, en Italia, había cambiado tantas veces de manos, quitada á unos, dada á otros, recobrada otra vez, que casi había desaparecido en aquellas perturbaciones repetidas; porque la guerra civil arruina dos veces el país, consumiendo la riqueza ya producida é impidiendo la producción que la hubiera renovado. Excepto algunos hombres, como el gaditano Balbo, bastante rico para legar al pueblo romano 25 denarios por cabeza; como el prudente Atico, que había colocado en dominios epirotas la mayor parte de sus diez millones de sestercios; salvo también algunos herederos de las antiguas casas aristocráticas, olvidados por las proscripciones, ó algunos advenedizos de las guerras civiles, los demás todos estaban arruinados, todos eran pobres, miserables,

(2) Véase el diálogo de Varrón, de *Re rust.* I, 69. El autor, para cerrar el coloquio, supone el asesinato, en medio de la calle y en medio del día, del guardián del templo de Telo, donde se habían reunido los amigos. El sosiego con que Varrón refiere el hecho prueba que era uno de los incidentes más ordinarios en Roma. «Nos fuimos, dice, más afectados de la desgracia del hombre que sorprendidos del hecho, *quam admirantes id Roma factum.*»

(3) Camafeo del gabinete de Francia, núm. 185. Virgilio coronado de laurel con un adorno de perlas en la coronilla. Es suposición muy dudosa que sea un retrato esta efígie, bien que se parezca mucho al Virgilio puesto á la cabeza del manuscrito del Vaticano.